

VESTIGIOS DE FUTUROS POSIBLES. PROPUESTAS PARA UNA COLOMBIA MÁS ALLÁ DE COLÓN

PAOLO VIGNOLO

Universidad Nacional de Colombia (UNAL)

Aceptado para publicación 18 de junio 2024

Resumen

En Colombia hoy en día Colón ha caído en desgracia. Las principales estatuas dedicadas al personaje que da el nombre al país han sido derrumbadas o retiradas del espacio público. ¿Podemos pensar una Colombia más allá de Colón, una Colombia poscolombina? La historiografía ha destacado tres aspectos del marino genovés que abren campos fecundos para repensarnos como país. El primero es su carácter milenarista. Si de los vestigios de la conquista se desprenden siniestros destellos de apocalipsis, muchas de las propuestas para intervenirlos son mockuments, monumentos en farsa, dispositivos carnavalescos que sabotean los anhelos de eternidad hasta el fin de los tiempos propia del mármol y del bronce a través de los juegos de lo precario, lo inestable, lo efímero. Otro aspecto se relaciona con utopía: la primera mención de una estatua dedicada a Colón aparece en la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon (1626), donde se celebra el dominio del ser humano sobre la naturaleza gracias a la ciencia y la técnica. Por eso es relevante el surgimiento de propuestas para trasgredir el carácter profundamente antropocéntrico de los monumentos de la conquista. Finalmente, es la misma noción de acontecer histórico la que está en crisis. Se trata de reconocer la larga duración de la conquista, cuyas manifestaciones hoy se dan bajo forma de “arqueofanías”: astillas de pasados volados en mil pedazos que quiebran el régimen de historicidad en donde habitamos. Lo que está en juego es la Colombia que surgirá de los escombros de Colón, vestigios de futuros posibles.

Palabras clave: Colón; Colombia; monumentos; apocalipsis; utopía; arqueofanías.

VESTIGES OF POSSIBLE FUTURES. PROPOSALS FOR A COLOMBIA BEYOND COLUMBUS

Abstract

In Colombia today Columbus has fallen from grace. The main statues dedicated to the character who gives the country its name have been demolished or removed from public space. Can we think of a Colombia beyond Columbus, a post-Columbian Colombia? Historiography has highlighted three aspects of the Genoese sailor that open fruitful fields for rethinking ourselves as a country. The first is his millenarian nature. If sinister flashes of apocalypse emerge from the vestiges of the conquest, many of the proposals to intervene in them are mockuments, farcical monuments, carnivalesque devices that sabotage the desire for eternity until the end of time, typical of marble and bronze through the games of the precarious, the unstable, the ephemeral. Another aspect is related to utopia: the first mention of a statue dedicated to Columbus appears in Francis Bacon's *New Atlantis* (1626), where the domination of human beings over nature thanks to science and technology is celebrated. That is why the emergence of proposals to transgress the deeply anthropocentric character of the monuments of the conquest is relevant. Finally, it is the very notion of historical events that is in crisis. It is about recognizing the long duration of the conquest, whose manifestations today take the form of "archaeophanies": splinters of pasts blown into a thousand pieces that break the regime of historicity where we live. What is at stake is the Colombia that will emerge from the rubble of Columbus, vestiges of possible futures.

Keywords: Columbus; Colombia; monuments; mockuments; apocalypse; utopia; archaeophanies.

VESTÍGIOS DE FUTUROS POSSÍVEIS. PROPOSTAS PARA UMA COLÔMBIA ALÉM DE COLOMBO

Resumo

Na Colômbia hoje, Colombo caiu em desgraça. As principais estátuas dedicadas ao personagem que dá nome ao país foram demolidas ou retiradas do espaço público. Podemos pensar numa Colômbia além de Colombo, uma Colômbia pós-colombiana? A historiografia destacou três aspectos do marinheiro genovês que abrem campos frutíferos para nos repensarmos como país. O primeiro é o seu caráter milenar. Se dos vestígios da conquista emergem lampejos sinistros de apocalipse, muitas das propostas para intervir neles são mockuments, monumentos farsescos, dispositivos carnavalescos que sabotam o desejo de eternidade até o fim dos tempos, típico do mármore e do bronze através dos jogos de o precário, o instável, o efêmero. Outro aspecto está relacionado à utopia: a primeira

menção a uma estátua dedicada a Colombo aparece na *Nova Atlântida* (1626), de Francis Bacon, onde se celebra a dominação do ser humano sobre a natureza graças à ciência e à tecnologia. Por isso é relevante o surgimento de propostas para transgredir o caráter profundamente antropocêntrico dos monumentos da conquista. Finalmente, é a própria noção de acontecimentos históricos que está em crise. Trata-se de reconhecer a longa duração da conquista, cujas manifestações hoje assumem a forma de “arqueofanias”: lascas de passados explodidas em mil pedaços que quebram o regime de historicidade onde vivemos. O que está em jogo é a Colômbia que emergirá dos escombros de Colombo, vestígios de futuros possíveis.

Palavras-chave: Colombo; Colômbia; monumentos; apocalipse; utopia; arqueofanias.

El fin de la era de Colón en Colombia

Quizás valga la pena comenzar con una constatación, trivial pero ineludible: en un país llamado Colombia hoy en día Colón ha caído, literal y metafóricamente, en desgracia. Las principales estatuas dedicadas al personaje que da el nombre al país han sido derrumbadas o retiradas del espacio público, mientras que el 12 de octubre ya no se celebra el “Día de la Raza” en su honor, sino el “Día de la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana”, casi para exorcizar los horrores de la conquista.

Recordemos, brevemente, los hechos. El 9 de junio de 2021, en medio de un estallido social sin precedentes que sacudía el país, un grupo de representantes del pueblo misak intentó derribar las estatuas de Cristóbal Colón e Isabel I de Castilla la Católica ubicadas en plena Avenida Eldorado con carrera 97, rumbo al aeropuerto (ver artículo de Sebastián Vargas en este número). La policía intervino y acordonó el monumento. Acto seguido, el Ministerio de Cultura decidió retirar las efigies de los dos personajes históricos del espacio público. Hasta el día de hoy el espacio monumental expone dos incomprensibles pedestales vacíos a la vista de los viajeros que llegan o salen de la capital. La última vez que se tuvo noticia de las dos estatuas, estas se encontraban en compañía de un monumento ecuestre a Simón Bolívar, también víctima del furor popular, en uno de los patios de la estación de trenes de la Sabana de Bogotá (Figura 1).



Figura 1. Colón y la reina Isabel en la Estación de la Sabana. (Foto de Mario Omar Fernández, en Buenaventura 2021).

Pocos días después en Barranquilla un grupo de manifestantes, bajo las consignas de “Colón asesino” y “Por nuestros muertos”, tumbaron el Colón en mármol donado a la ciudad en 1892 por la colonia italiana con el fin de conmemorar los cuatrocientos años del descubrimiento de América. El alcalde Jaime Pumarejo tachó a los manifestantes de vándalos y terroristas. No eran las primeras estatuas en caer: ya un año antes el movimiento de Autoridades Indígenas del Sur-Occidente (AISO) había emitido un juicio histórico contra el conquistador Sebastián de Belalcázar que llevó al derribamiento de su estatua en el Morro de Tulcán, en Popayán (Vargas 2021, p. 83-104). Un grupo de misak también bajó a la fuerza de su pedestal al Belalcázar en Cali y a Gonzalo Jiménez de Quesada en Bogotá.

Seis días después de su derribamiento nos encontramos con los estudiantes de mi curso de “Uso público de la historia” a los pies del monumento en ruina del supuesto fundador de Bogotá en la plazoleta del Rosario, en pleno centro de la capital. La idea, improvisada, era dar una clase a la calle en medio de las movilizaciones sociales del paro nacional. La llamamos “Monumentos insurrectos”: más que una clase, fue un círculo de palabra alrededor de un pedestal vacío. El taita Miguel, en atuendo tradicional misak, dio la bienvenida:

Atendiendo el mandato de los mayores decidimos quitar esta estatua de acá. Queremos encontrar un camino para poder contar una mejor historia. Porque si la historia la contamos siempre de un solo lado, no puede haber paz. Es un acto simbólico en búsqueda de una paz verdadera. No es tanto una respuesta, es una pregunta: a partir de aquí, ¿cuál va a ser nuestro futuro? (Vignolo 2021a, pp. 24-25).

¿Cuál va a ser nuestro futuro? A esa pregunta grande, que aún resuena ineludible casi tres años después de esos gestos que, a través del uso de una violencia simbólica, denunciaban el persistir de violencias sistémicas, está dedicado este texto. Porque la memoria es un problema del presente y abre perspectivas de futuro: como afirma Carolin Emcke (2017), la resistencia civil contra el odio implica reconquistar los espacios de la imaginación. Qué país queremos construir depende también de qué decidamos hacer con esas estatuas maltrechas y con esos pedestales vacíos.

Los acontecimientos que acabo de mencionar hicieron parte de una oleada de ataques a monumentos que, entre 2021 y 2023, catalizó el interés de los medios y desató un intenso debate público a nivel internacional. Tanto el auge como la caída de la estatuaria dedicada a Cristóbal Colón es un fenómeno de memoria transcultural y transnacional (Erll, 2011; Dean, 2018) pero resulta incomprensible si no lo volvemos a interrogar desde un conocimiento situado en contextos locales y nacionales.

El hecho que Colón haya tenido que bajarse del pedestal en gran parte del continente, compartiendo un destino parecido con muchos otros monumentos dedicados a protagonistas del proceso de conquista y de colonización, no hace sino darles mayor resonancia a las cuestiones centrales de ese texto: “Qué implicaciones tiene para Colombia ese sacudón radical a uno de sus mitos fundacionales? ¿Qué riesgos conlleva y qué horizontes

de posibilidad se abren con el fin de la “era de Colón” a un país que lleva su nombre (Sachs, 1992)? ¿Podemos pensar una Colombia más allá de Colón, una Colombia poscolombina?¹

¿Hacia una Colombia post-Colombina?

500 años: jamás aceptar carabelas de los desconocidos.

Grafiti callejero, Bogotá 1992

Por azares de la vida a los 24 años, sin ninguna experiencia de mar, tuve la suerte de cruzar el océano Atlántico en un pequeño velero llamado Sarabanda que participaba en las Colombiadas, una gran regata conmemorativa de los 500 años del descubrimiento de América². Era el año 1992. La radio televisión española RTVE le dedicó el documental “*La regata del siglo*” (Navarro, 1992), que comenzaba con el recuento del viaje de Colón:

Han pasado quinientos años y en todas las lenguas se sigue comentando con asombro la aventura de cómo, en tres cascarrones a merced del viento, un puñado de hombres llegó a la otra mitad de la tierra redonda y de cómo, siguiendo las estrellas, encontraron pueblos de quienes nadie había oído hablar. En la parte del mundo recién descubierta mucho los critican todavía porque usurparon la tierra, la fantasía, los dioses y las conquistas de los antepasados, pero todos los alaban por haber sido los más valientes y mejores navegantes.

Acompañan la locución las imágenes en movimiento de las tres carabelas reproducidas para la ocasión, intercaladas con fragmentos de mapas antiguos y representaciones de indígenas en adoración de Colón y sus hombres. El montaje es claro: ellos son sinónimo de viaje, aventura y valentía, aunque “en la parte del mundo recién descubierta mucho los critican todavía” (Navarro, 1992).

Colombia también participaba en la regata con el buque Gloria, encargado de proyectar una buena imagen del país en el extranjero. Leemos en una crónica de *El Tiempo* (Meléndez, 1992):

Durante diez meses el Gloria se convertirá en un verdadero embajador flotante de los colombianos al llevar una hermosa muestra de sus verdes esmeraldas, el sabor único del café, el negro brillante del carbón, el oro, con una muestra auténtica precolombina que reposa en el Banco de la República; cueros, artesanías fabricadas a lo largo y ancho del país; licores

1 Todavía es muy común referirse a la historia de Colombia antes de 1492 como historia precolombina. De ahí la provocación de pensar en término de una historia poscolombina. Entre los primeros en plantearse el reto fueron los autores del fanzine “How to 92: model actions for a post-Columbian world”.

2 Siempre estaré agradecido con mi amigo Carlo Trionfi y su familia por regalarme esta extraordinaria oportunidad.

de nuestras regiones; dulces del portal... La industria y los plásticos también hacen parte de la muestra que podrá ser admirada por los habitantes del mundo que visiten el buque insignia ARC Gloria.

Zarpamos de Génova, entre cientos de barcos inscritos al certamen conmemorativo. La ciudad ese año también hospedaba la EXPO 92 dedicada a Colón, junto con Sevilla: la secretaria de Turismo había organizado unos itinerarios “colombianos” en las afueras de la ciudad y en los *carrugi*, el meandro de callejones que rodean el puerto viejo, supuestos lugares de infancia del futuro almirante del mar Océano (Marcilhacy, 2022).

Muy pronto el derroche de retórica sobre el encuentro de los dos mundos y el genio itálico que deja atrás las tinieblas de la edad media para aventurarse hacia los destinos maravillosos y progresivos de la modernidad dejó paso a las contestaciones multitudinarias en contra de las celebraciones del descubrimiento de América, lideradas por los movimientos indígenas. Desde Canadá hasta Patagonia se levantaron voces reclamando que no se trataba de descubrimiento, ni de América. Y que no había nada que celebrar, aunque sí mucho trabajo de memoria por hacer (Vignolo, 2021b). A partir de las contestadas celebraciones del 1992 Cristóbal Colón se vuelve epítome del encubrimiento, conquista e invasión de un continente cuyos habitantes originarios fueron víctimas del mayor derrumbe demográfico que recuerde la humanidad.

De Puerto Rico llegué a Caracas y de ahí, por tierra, entré a Colombia. El 22 de julio de 1992, el día en que crucé la frontera, los periódicos titulaban a caracteres cubitales “Pablo Escobar se fugó de la Catedral”, “Se esfumó Escobar”. Por ese entonces Colombia estaba en fibrilación. Sin embargo, no solo sacudían al país las bombas del narcotráfico, el exterminio de la Unión Patriótica y la violencia política que había ensangrentado las últimas elecciones presidenciales. Colombia también estaba estrenando una nueva constitución que dejaba atrás la representación decimonónica de una nación de religión católica, de lengua castellana y de composición mestiza (con anhelo a blanquearse) para reivindicarse como una nación pluriétnica y multicultural donde se afirmaban derechos culturales y ciudadanías diferenciadas en relación con la pertenencia étnica, de género y de clase. Enroscada en sus espirales de guerras y atropellos, Colombia estaba dolorosamente mudando de piel. El país que iba surgiendo de esa metamorfosis sería radicalmente otro: apenas ahora podemos divisar “el verde de todos los colores” en el patrón de sus nuevas escamas.

Esa travesía por mar y por tierra fue todo un ritual de paso en mi vida ya que dejé Italia, mi país de origen, para llegar por primera vez a Colombia, desde entonces mi país de adopción. A partir de ese momento me fui dando cuenta, poco a poco, de todo el trabajo personal que implica encarar el juego de posturas e imposturas coloniales.

Yo nunca había alimentado particulares simpatías por la figura de Cristóbal Colón, un personaje que desde el colegio miraba con sospecha por su celo misionero y su arrogancia frente a los nativos. Me sentía más identificado con el protagonista del monólogo

teatral de Darío Fo (1992), *Johan Padan a la descubierta de le Americhe*, que pude ver repetidas veces cuando trabajaba como acomodador en el Piccolo Teatro de Milán, poco antes de mi salida. Johan Padan es el anti-Colón que huye de la Inquisición y termina pasándose del lado de los indígenas. Sin embargo, en Italia Darío Fo no representaba sino una nota disonante en el medio del entusiasmo coral por la celebración, en la que la cuestión colonial no tenía cabida.

Al cruzar el Atlántico me topé con otras voces, otras miradas, otros sentires. “500 años: jamás aceptar carabelas de los desconocidos”: el grafiti, de exquisita chispa rola, que me dio la bienvenida a Bogotá sonaba a *recorderis* y, a la vez, a advertencia para un desconocido recién desembarcado en una ciudad donde no conocía a nadie. Quizás fue el primer anti-monumento relacionado con Colón con el que me topé. Me refiero a la etimología de la palabra “monumento”, que alude al *mnemosynon* griego, pero también al latino *moneo / monere*: recordar, pero también poner en aviso, memoria de generaciones pasadas y al mismo tiempo advertencia para las generaciones futuras.

La cuestión colonial era ineludible, en lo personal como en lo profesional: tocaba tomar posición. Y tomar posición implicaba hacer cuentas con la remoción sistemática de la conquista y sus secuelas en el debate público. No se trataba de olvido, ni tampoco de amnesia, ya que hay muchas historias a disposición para contar otra historia. Se trataba, más bien, de lo que Ann Stoler denomina “afasia colonial”, un término que subraya tanto la pérdida de acceso como la disociación activa:

La afasia es un desmembramiento, una dificultad para hablar, una dificultad para generar un vocabulario que asocie palabras y conceptos apropiados con cosas apropiadas. La afasia en sus muchas formas describe una dificultad para recuperar vocabularios tanto conceptuales como léxicos y, lo más importante, una dificultad para comprender lo que se habla. (Stoler 2011, p. 128)

Para tratar de desenmarañar la madeja de paradojas que hoy en día constituye el debate sobre esos monumentos hay que asumir el reto de volver a modular las palabras para nombrar lo colonial que nos habita y nos acecha. Las pintas y los esténciles en las paredes, los performances y las instalaciones que a comienzos de los años noventa irrumpen en el espacio público tratan de transgredir una retórica altisonante y vacía. Y es precisamente en ese tartamudear de chistes y consignas, en ese *grammelot* de dialectos populares y lenguas no reconocidas, en esa sintaxis de gestos y muecas, en donde se va gestando la posibilidad de otros relatos y otras memorias en devenir. Memorias disidentes, que buscan reinventar un lenguaje para nombrar lo silenciado.

Las conmemoraciones de los 500 años también fueron la ocasión de una intensísima actividad investigativa alrededor de la conquista, en general, y de la figura de Colón, en particular. Por esa curiosa magia que generan las efemérides, en las cuales la fascinación de los números redondos mueve voluntades, genera recursos y alimenta el mercado editorial, alrededor del 1992 se produjo una verdadera oleada de publicaciones que mar-

caron un punto de quiebre en el debate. Aunque esa renovación historiográfica no haya desplegado todo su potencial heurístico a nivel de discurso político y de historia pública sí puso a disposición un material extraordinario para visitar la figura de Colón y, de paso, los mitos fundacionales de Colombia. En particular quiero enfocarme en tres aspectos del personaje que abren, a mi juicio, campos fecundos para repensarnos como país más allá de dicotomías y estereotipos. Los llamaré “*Christum-ferens*, el profeta del Apocalipsis”, “Columbus, el inventor de Utopía” y “Colón como arqueofanía”.

“*Christum-ferens*”, el profeta del Apocalipsis

Desde las primeras descripciones de la vida de Cristóbal Colón en el siglo XVI un olor de santidad envuelve al personaje. Sus biografías se han ido tiñendo de un registro hagiográfico que llegó a su apogeo en el siglo XIX. En 1874, por ejemplo, el cardenal Donnet imploraba al conde de Roselly de Lorgues: “Ahora solo nos queda aclarar las virtudes cristianas de Cristóbal Colón y los títulos que tiene para la veneración y agradecimiento de los fieles” (de Lorgues 1876, p. XV). El conde, efectivamente, abrió un proceso de beatificación pocos años después³. La iniciativa frente a la Santa Sede finalmente no prosperó. Sin embargo “no deja de resultar sintomático que, tras los fallidos intentos de Pío IX y León XIII por canonizar a Cristóbal Colón durante la segunda mitad del siglo XIX, por esas mismas fechas su figura se integrara en el canon en la forma de monumentos erigidos por el Estado, con lo cual lo convertían, desde cierto punto de vista, en un santo laico” (Valero y Rabotnikof, 2023, p. 98). Aunque Cristóbal Colón nunca se volvió oficialmente un santo, sí logró ocupar un lugar preminente en el santoral popular.

Por otro lado, la leyenda negra creada en ambientes protestantes desde el siglo XVI lo asoció a las monstruosidades de los curas católicos que, peores que los caníbales del Nuevo Mundo, no se limitaban a comer carne humana, sino que se alimentaban de la carne y de la sangre del mismísimo Cristo (Vignolo, 2024). Cristóbal Colón, quien interpretaba su propio nombre de pila como el *Christum-ferens*, el cargador de Cristo, fue asociado desde un comienzo con San Cristóbal, el gigante cinocéfalos que se convierte a la recta fe. En la iconografía del occidente cristiano a San Cristóbal se le representa cargando al pequeño Jesús para cruzar las aguas. En los iconos bizantinos aparece con aureola y hocico de perro, para destacar su doble papel de santo y monstruo, santo llamado a evangelizar a los demás monstruos.

Más allá de ver en nuestro *Christum-ferens* un santo o un monstruo la investigación histórica desde hace tiempo destacó el carácter mesiánico del marino genovés. Ya en 1972 Phelan señalaba como Cristóbal Colón se identificaba con la tradición franciscana espiritual, cuya principal fuente de inspiración milenarista eran los escritos de Joaquín da Flora:

³ Alejo Carpentier nos regaló una extraordinaria mirada literaria al proceso de beatificación de Cristóbal Colón en su novela *El arpa y la sombra* (1979).

En 1501-1502 Colón relacionó la tradición de la cruzada con una visión apocalíptica en la que él mismo desempeñaba el papel de Mesías: el descubrimiento de las Indias, la conversión de todos los gentiles y la liberación del Santo Sepulcro fueron considerados los tres acontecimientos culminantes que anunciaban el fin del mundo. (Phelan 1972, p. 40)

Sorprendentemente, esa faceta de Colón ha sido sistemáticamente pasada por alto o relegada a una expresión de melancolía senil en sus años de desgracia (véase: Busi, 2020). Con ocasión del quinto centenario Pauline Watts (1985) demostró el sesgo sistemático con los cuales se han abordado los archivos colombinos:

(...) la visión apocalíptica del mundo y del papel especial que estaba destinado a desempeñar en el desarrollo de los acontecimientos que presagiarían el fin de los tiempos fue un importante estímulo para sus viajes. Además, si se quiere lograr una imagen equilibrada del significado histórico de su empresa de las Indias debe reconocerse que su apocalipticismo es inseparable de su geografía y cosmología. (Watts 1985, p. 74)

Colón se veía a sí mismo como un profeta del Apocalipsis, cuyo anhelo a la evangelización de los gentiles y a la retoma de Jerusalén estaba indisociablemente asociado al regreso de Cristo en Tierra. La conquista del Nuevo mundo era para él un signo del fin del mundo. La conquista espiritual y material del globo anunciaba el Juicio Universal.

Por eso cuestionar a Colón puede ser también una manera de cuestionar la relación de la civilización occidental con esta visión del tiempo y el espacio. La narrativa bíblica desde el Génesis hasta el Apocalipsis, desde el Edén hasta el Fin del Mundo, va mucho más allá de la teología y el pensamiento cristiano. Orienta, prácticamente, cualquier ámbito de nuestra sociedad: prácticas culturales, teorías científicas, representaciones poéticas y políticas, comportamientos cotidianos... Estas estructuras religiosas nos habitan, a menudo a nivel subconsciente. Y explorar las bestias que llevamos en nuestras entrañas puede ayudarnos a comprendernos mejor y a comprender mejor a nuestro entorno.

Vivimos en un mundo abrumado por resonancias milenarias, pero, al mismo tiempo, es posible, aquí y ahora, calmar las ansiedades de la Revelación, los temores del Anticristo, las angustias de un Juicio Final. Estamos en condiciones de imaginar un mundo más allá de estas narrativas escatológicas. Esto implica una enorme labor cultural y todavía la considero una tarea ineludible. Tratar de estudiar y comprender mejor estos imaginarios apocalípticos es una manera de historizarlos, captar su ubicuidad fantasmagórica y encontrarles un lugar. Una forma de exorcizar a la bestia, por así decirlo.

Para ir más allá del Apocalipsis necesitamos, urgentemente, mapas que nos orienten en los territorios inexplorados de un espacio post-euclidiano y calendarios capaces de asumir temporalidades complejas, más allá de un tiempo lineal dirigido hacia el final de la historia. Y, por último, pero no menos importante, debemos reinventar los rituales para jugar con la muerte en lugar de proyectarla en un día del juicio final profético.

Reconocer la carga mesiánica que envuelve el proyecto colombino y gran parte de la conquista arroja luces inesperadas sobre los monumentos a Colón en nuestras calles y

nuestras plazas. Si de los vestigios de la conquista se desprenden siniestros destellos del Fin de los Tiempos muchas de las propuestas para intervenirlos se orientan a la ironía, a la burla y a lo ridículo. Como contó Umberto Eco (1980) en *El nombre de la rosa*, frente al “¡Penitenciagite!” de la profecía milenarista la mejor arma es la risa. Por eso la proliferación de lo que sugerí llamar, con un juego de palabras intraducible, *mockuments*: monumentos en farsa, dispositivos carnavalescos que sabotean los anhelos de eternidad hasta el fin de los tiempos propia del mármol y del bronce a través de los juegos de lo precario, lo inestable, lo efímero (Vignolo, 2021c).

Es una apuesta a la vez poética y política: el neoclasicismo escultórico del XIX y comienzo del XX se ve retado por las armas del grafiti y del escrache, de la fiesta y del *flashmob* (Vargas 2021a, p. 125). En una época como la nuestra, en la que el principal detonador de memoria se ha vuelto el meme, los ejemplos abundan. Mi preferido sigue siendo lo que pasó en la Paz (Bolivia), donde el Colectivo Mujeres Creando decidió arropar a la escultura de Isabel la Católica con los trajes típicos de una chola del altiplano andino (Axat y Cisneros 2021; Vignolo 2021c; Vargas 2021a, p. 15). Sin embargo, para limitarnos a Colón vale la pena recordar los tribunales carnavalescos de la contracultura hippie que, desde los años sesenta, condenaban al “Almirante del Mar Océano” al rol de un personaje cómico de comedia del arte. O a las metamorfosis que afectan su silueta y su dignidad cada 12 de octubre.

Mora J. Beauchamp-Byrd (2021) nos cuenta como ya en 2019 la artista Joiri Minaya revistió una estatua de Colón en Miami (Figura 2) con un ajustado spandex elástico de color verde claro, cuyos patrones tropicales hacían referencia a las plantas usadas en las culturas indígenas y afrodescendientes para la limpieza, protección y purificación espiritual. Ese toque de transgresión femenina probablemente no le hubiera gustado al autor, el escultor italiano Vittorio di Colbertaldo, miembro de las guardias del cuerpo de Mussolini antes de refugiarse en Estados Unidos después de la guerra, donde se dedicó a plasmar estatuas de un Colón católico y *fascistissimo*, “una mezcla de Cristo con el Superman de DC Comics” (Beauchamp-Byrd, 2021).



Figura 2. Intervención de Joiri Minaya en la estatua de Cristóbal Colón.
(Foto de Zachary Balber, en Beauchamp-Byrd 2021).

Y qué tal la ingeniosa propuesta de transformar todos los monumentos dedicados a Columbus en monumentos dedicados al teniente Colombo, el célebre personaje TV interpretado por Peter Falk. “Cristóbal Colón ya no representa los valores que deseamos inculcar a las generaciones futuras, pero todavía hay monumentos de esta controvertida figura en todo el país”, afirmó el organizador Ryan Toohey:

Deberíamos reemplazar la estatua de Colón en Detroit por la de alguien a quien todos podamos admirar; alguien que siempre buscó la verdad y la justicia: Colombo. Con sólo ligeras modificaciones a la placa y la adición de un abrigo desaliñado a la estatua original podemos transformar un símbolo de odio en un faro de esperanza. (Stoilas, 2021)

Finalmente, en el laboratorio ciudadano “*Vestigios de futuros posibles*” que organizamos en el Museo de Bogotá uno de los participantes propuso volver a poner a Colón y a la reina Isabel en el mismo lugar donde estaban, en la avenida Eldorado. La propuesta generó inconformidad en el grupo hasta que el autor de la propuesta aclaró un detalle: “Les ponemos maletas y los volteamos rumbo al aeropuerto, para que se despidan pacíficamente, de una vez por todas, de estas tierras”.

Columbus, el inventor de Utopía

Un dato curioso: la primera estatua de Colón apareció en el espacio público solo en 1792. Y no fue en Italia o en España, sino en Nueva York. En ese entonces John Pintard, entusiasta cultor de historia patria, se esforzaba en proponer héroes nacionales para la joven república de Estados Unidos, urgida de afincar en mitos fundacionales su recién proclamada independencia. Fue así que, en ocasión del tercer centenario del primer viaje de Colón, la Tammany Society (una hermandad patriótica fundada por el mismo Pintard) se dedicó a exaltar la figura de Colón. El momento culminante de la campaña fue la exposición de su estatua, la primera en el mundo. Se trataba de un monumento portátil de madera pintada para que pareciera mármol que deambuló por toda la ciudad con mucho éxito. Sin embargo, ¿cómo lograr que un italiano al servicio de los catolicísimos reyes de España llegara a representar la libertad americana en un contexto cargado de sentimientos anticatólicos, antimonárquicos y, a ratos, xenófobos? La tarea no era fácil. El dispositivo monumental trataba de convertir a Colón “de agente colonizador de la España católica a una vanguardia proto-americana de la libertad” a partir de una narrativa organizada en cuatro escenas centrales, pintadas en el basamento:

Primero, el espíritu de la ciencia instruye al joven Colón en geometría y navegación. Luego aparece el desembarco de su expedición en la isla de Guanahani, con los hombres de Colón arrodillados ante él en “adoración” mientras los pueblos nativos observan. La tercera escena muestra la presentación de Colón en la corte española después de su regreso y el panel final encontró a Colón encarcelado por sus antiguos patrocinadores, con sus cadenas grabadas con las palabras “La ingratitud de los reyes”. Para consolarlo, el espíritu de la Libertad dirige su mirada hacia el futuro, señalando el monumento creado en su honor. Arriba, un águila en pleno vuelo sostiene el lema “Los derechos del hombre”, mientras que, debajo, figuras nativas lloran ante una urna conmemorativa. (Winkle, 2020)

Esta *ekfrasis* del monumento, hoy perdido, da cuenta de la creación de un Columbus paladín de la ciencia y de las libertades individuales, perseguido por los reyes e idolatrado como un semi-Dios por sus hombres y por las poblaciones indígenas. Un héroe americano. Tocaré esperar casi un siglo, pero esa resignificación de Columbus eventualmente logrará imponerse en el discurso público, apareciendo en las paradas festivas y en los discursos oficiales, en las plazas y hasta en los billetes de un dólar. Sin embargo, la idea viene de lejos.

Y acá otro dato, más curioso aún. La primera mención de una estatua dedicada a Cristóbal Colón aparece en tierra de Utopía. Más precisamente, en la Casa de Salomón de Bensalem, la capital de la Nueva Atlántida de Francis Bacon de 1626:

Para nuestras ceremonias y ritos tenemos dos larguísimas y bellas galerías; en una de ellas colocamos modelos y ejemplares de todas clases de los inventos más raros y mejores; en la otra, las estatuas de los principales inventores. *Tenemos allí la estatua de vuestro Colón, que descubrió las Indias occidentales; al inventor del barco; al monje vuestro que inventó la artillería y la pólvora; al inventor de la música; al inventor de las cartas; al inventor de la*

imprensa, al inventor de la astronomía; al inventor de los trabajos en metal; al inventor del cristal; al descubridor de la seda de los gusanos; al inventor del vino; al inventor del pan de maíz y de trigo; al inventor del azúcar, y a todos aquellos que por tradición sabemos que lo fueron. (2019, p. 41)

Colón, único personaje mencionado por su nombre, merece una estatua en cuanto inventor. Pero, ¿cuál era el invento de Colón? El texto lo indica como descubridor de las “Indias Occidentales”, ese oxímoron cartográfico donde los puntos cardinales se confunden y se condensan las geografías del más allá. Las Indias Occidentales son el lugar propicio para Utopía, bello lugar cuyo lugar no está en ningún lado, y que, sin embargo, necesita anclarse en la cartografía de la conquista para poder ser verosímil. Por eso Francis Bacon (así como Thomas More antes que él) inscribió su ficción utópica a partir de la epopeya de la gran expansión europea: “Zarpamos del Perú (donde habíamos permanecido durante todo un año) hacia China y Japón, por el mar del Sur, llevando provisiones para doce meses” (Bacon 2016, p. 3). El íncipit deja en claro que la Nueva Atlántida se halla en algún lado en los mares del Sur, en las antípodas de Europa. Colón, con su terquedad por llegar a los orígenes del viejo Mundo, terminó abriendo paso a un nuevo Mundo. Y la Utopía renacentista necesitaba de ese Nuevo Mundo para volverse el mito fundacional de la modernidad. Colón fue, entonces, uno de los grandes inventores de Utopía en un doble sentido: porque le dedicaron una estatua en la galería de los inventores en la Casa de Salomón, pero también porque contribuyó a inventar Utopía.

La *Nueva Atlántida* es, además, el gran manifiesto de la ciencia moderna, cuyos poderes se despliegan hasta nuestros días. El ser humano se eleva por encima de las demás criaturas y de la misma Creación, en una utopía mecanicista que anhela subyugar a la naturaleza (Merchant 1980, pp. 164-191). En palabras de Santiago Castro (2000):

Esta rehabilitación del hombre viene de la mano con la idea del dominio sobre la naturaleza mediante la ciencia y la técnica, cuyo verdadero profeta fue Bacon. De hecho, la naturaleza es presentada por Bacon como el gran ‘adversario’ del hombre, como el enemigo al que hay que vencer para domesticar las contingencias de la vida y establecer el *Regnum hominis* sobre la tierra. (pp. 88-89)

Así llegamos a uno de los aspectos menos considerados en la querrela sobre los monumentos de la conquista: su carácter profundamente antropocéntrico. Lo que se pone en escena en la arena pública es el hombre que se destaca sobre la naturaleza para domesticarla, el héroe civilizatorio que domina las tierras salvajes. Dominar la selva, robar los secretos de la naturaleza y explotar los recursos naturales son parte ineludible del proceso de colonización de América desde sus orígenes en el siglo XV hasta el día de hoy: una episteme que se refleja en una estética conmemorativa específica.

Quizás ha llegado el momento de imaginar formas de monumentalidad más orgánicas, menos apolíneas y más dionisiacas que busquen la integración del yo con el mundo y no su separación tajante. En mi opinión, de estas reflexiones han surgido algunas de

las propuestas más novedosas para trasgredir el antropocentrismo estatuario. Ya en la primera clase a la calle, al calor de las protestas del Paro Nacional, hubo sugerencias de transformar los espacios monumentales en huertas urbanas, o en Tuls, como en el morro de Tulcán de Popayán (Vignolo, 2021a). En el laboratorio ciudadano del Museo de Bogotá se discutió la idea “que al espacio (del monumento a Colón y a la reina Isabel), al igual que las chacras en el Amazonas, se lo lleve el rastrojo. Sea tragado por la manigua y sea abandonado un tiempo para que vuelva a ser tierra fértil. Para que crezcan nuevas plantas” (Figura 3).

Con la artista Eulalia de Valdenebro, que desde años viene trabajando esculturas vivas desde la noción de “principio metantrópico” (de Valdenebro, 2016), fuimos elaborando un proyecto, aún en remojo, para intervenir el espacio monumental de la avenida Eldorado de Bogotá. Lo llamamos “¡Los devoró la selva! Una propuesta para transgredir el antropocentrismo de los monumentos de la conquista”. A partir de un proceso de participación colectiva con amigos y colegas, grupos muisca y misak, asociaciones de vecinos, juntas de barrio y grupos estudiantiles entre otros, nos gustaría propiciar un proceso de reforestación del área con plantas del bosque alto-andino, para que la manigua se trague a las estatuas de los conquistadores y a sus pedestales en un acto de “antropofagia vegetal”. ¡Los devoró la selva! —la última frase de la novela *La Vorágine* de José Eustasio Rivera— se “plantea” como un acto performático de temporalidad silvestre que busca reparar a nivel simbólico la alteración de los ecosistemas inscrita en el mismísimo nombre del país (Colombia) y de sus mitos fundacionales (El Dorado).



Figura 3. Vestigios de futuros posibles (Luz Daniela Ortiz Arévalo, en Varios autores 2022, p. 15).

Colón como arqueofanía

A partir del siglo XIX se fue cristalizando la imagen de un Cristóbal Colón prototipo del héroe moderno, que logró cruzar la Mar Océano gracias a su maestría en las técnicas de navegación, su conocimiento de la astronomía y su audacia como explorador de lo desconocido. Según una periodización aún vigente en los textos escolares y en el imaginario popular su primer viaje en 1492 marcó el fin de la Edad Media y dio inicio a la Edad Moderna (Watts 1985, p. 73). Por lo general, esa es la imagen que se moldea en bronce ya que la gran producción de estatuaria celebrativa del personaje ocurrió entre el final del siglo XIX y la primera mitad del XX. Por contraste, desde los años sesenta los ambientes de la contracultura y de los movimientos indigenistas reabrieron una cuestión que se remonta a las disputas del siglo XVI: Cristóbal Colón como responsable directo del exterminio de los pueblos indígenas. “Enfatizar el heroísmo de Colón y sus sucesores como navegantes y exploradores y restar importancia a su genocidio no es una necesidad técnica, sino una decisión ideológica. Sirve —inconscientemente— para justificar lo sucedido” escribió Howard Zinn (1980, p. 15), retomando la categoría de genocidio de un trabajo anterior de Francis Jennings (1975).

La visión de un Colón protagonista directo del holocausto americano se vuelve clamor popular a partir de 1992 (Stannard 1993). De ahí la consigna que acompañó el derribo de estatuas de 2020 en Baltimore, en Richmond, en Boston: “*Columbus represents genocide*”. Como declaró Diego Armando Duque, un joven bogotano en la primera línea durante las protestas de 2021:

Crecimos creyendo que Cristóbal Colón descubrió América y que la reina Isabel de Castilla nos hizo un favor al enviarlo. Pero la verdad es que Cristóbal Colón fue el primer invasor, el primer saqueador, el primer asesino, el primer torturador de estas tierras desde hace más de 500 años; entonces, creo que la comunidad misak haciendo esas acciones trata de devolvernos un poquito de historia, un poquito de dignidad. (Varios autores 2021, p. 26)

En el medio de esta diatriba pública hay que destacar la investigación histórica sobre su rol en la conquista y colonización de la Hispaniola, llevada a cabo a partir, sobre todo, de la extensa documentación alrededor de la disputa legal entre los reyes de España y la familia Colón. Los pleitos colombinos cobran especial interés porque, entre los pliegos de un litigio jurídico que se alarga entre 1508 y 1536 y produce una gran cantidad de legajos documentales, se pueden divisar todas las cuestiones cruciales que enfrentan a los primeros conquistadores con la Corona: el repartimiento de indígenas y de tierras, los controles legales de residencia, las pensiones por los servicios prestados y los derechos hereditarios a raíz de las hazañas realizadas. El hallazgo y la consecuente publicación por parte de Consuelo Varela e Isabel Aguirre del expediente de la pesquisa del inquisidor fray Francisco de Bobadilla en 2006, por ejemplo, echó nueva luz sobre la catastrófica experiencia de gobierno de la isla por parte de Colón, quien contribuyó al exterminio de

la población Taíno, fomentó una trata esclavista desde las costas occidentales de África para proveerse de mano de obra, explotó las provisiones de madera y comida hasta el agotamiento y no logró consolidar una autoridad creíble entre los mismos españoles. La imagen del “Almirante del mar Océano” sale bastante mal librada.

¿Ese trabajo de archivo tiene cabida en la discusión alrededor del rol público de Colón? ¿Es una información relevante para nuestro debate? Desde la perspectiva de una historia construida a partir de un tiempo homogéneo, lineal y unidireccional la respuesta es un sorprendente no. “El hecho de revisar las figuras históricas y de hacerles algunos reproches, o qué se yo, incluso quitarlas de un determinado lugar, no borra la historia” declaró por ejemplo el entonces director del Archivo General de la Nación, Enrique Serrano (Vargas 2021b, p. 96). Como nos recuerda Sebastián Vargas (2021, p. 15), uno de los principales argumentos de quienes ven en el ataque a los monumentos una expresión de cancel culture es el anacronismo implícito en juzgar los actos del pasado de acuerdo a los estándares morales del presente.

Paradójicamente, quienes protagonizan esos actos de iconoclasia tampoco están particularmente interesados en los hallazgos de archivistas e historiadores. “Para los pueblos indígenas, el conquistador y la conquista son una sola cosa que nunca ha terminado”, escribió Carlos Guillermo Paramo (2021). Violencia, conquista y conquistador son eminentemente lo mismo, un tema con innumerables variaciones, llámense guerrilla, paramilitares, gobiernos, multinacionales, megaproyectos extractivos o ‘gente de bien’, pero siempre el mismo en el fondo.”

Es esta asombrosa continuidad entre los que pasó en el siglo XVI y lo que sigue pasando en la actualidad lo que hace de las figuras de Colón y otros conquistadores un candente terreno de lucha política en la Colombia contemporánea. Sus monumentos ofenden la memoria de amplios sectores de la población, no solo indígena, porque la conquista todavía despliega su violencia sistémica en nuestras sociedades. En palabras de Rita Segato (2007, p. 158), estamos frente a “la necesidad de percibir una continuidad histórica entre la conquista, el ordenamiento colonial del mundo y la formación poscolonial republicana que se extiende hasta hoy”. Con el surgimiento de las repúblicas a través del proceso de independencia continúan, hasta nuestros días, las campañas militares, el acaparamiento de tierras y la aculturación de poblaciones indígenas aún no evangelizadas.

Más allá de la polarización de la polémica en dicotomías estereotipadas (indígenas vs españoles, salvajes vs civilizados, vándalos vs defensores del patrimonio...), es la misma noción de acontecer histórico la que está en crisis. Se trata de reconocer la larga duración de la conquista, su vigencia en el tiempo presente: la conquista como un pasado que no pasa. Sin embargo, estas supervivencias de un tiempo pretérito no vuelven a manifestarse en la contemporaneidad de manera lineal, sino como anacronismos, como vestigios, como “arqueofanías”.

Reivindicar el monumento como anacronismo no significa “borrar la historia”, sino todo el contrario: es reconocer el montaje de espacio-temporalidades que la compone (Didi-Huberman 2008, pp. 31-97). El artefacto estatuario opera como un detonador: al “destapar” la efigie oficial de su pedestal se riegan en el espacio público los sedimentos que iban fermentando en sus entrañas. De estas superposiciones de temporalidades —y territorialidades— irreducibles la una a la otra es de donde se desprenden relampagueos de verdad que pueden, de manera inesperada, prender la chispa del reclamo ciudadano, de la revuelta social o del reconocimiento mutuo en aras de una mayor justicia social y espiritual.

Desde ahí hay que entender declaraciones como las del movimiento de Autoridades Indígenas del Sur-Occidente (AISO): “Los pueblos ancestrales no hacemos parte de la historia colonial, estamos vigentes desde nuestro Deber y Derecho mayor y primigenio sobre esos territorios”. Anacronismo no es sinónimo de acronía, no implica pensarse fuera del tiempo, en una memoria ancestral *in illo tempore*. Quedarse en la ancestralidad de un tiempo pretérito percibido como otro y residual con respeto a la modernidad es la manera más fácil para terminar atrapados en las garras de la patrimonialización exotizante de un multiculturalismo vaciado de historia⁴.

Los defensores del patrimonio acusan a los iconoclastas de actos vandálicos que reducen los monumentos a un cumulo de ruinas. Se podría objetar, con Gnecco (2023, p. 100), que también el asunto se puede leer al revés: “la patrimonialización es la que hace la ruina, no la ruina la que convoca la patrimonialización”. Si vale la pena pensar el monumento intervenido en términos de vestigio no es en el sentido de ruina como simple huella de lo que fue, sino como “una alteración a la figura del tiempo” (Rufer 2023, p. xxv).

Eso nos lleva a la intuición del monumento como arqueofanía. Así como las hierofanías son manifestaciones de lo sagrado y las epifanías son manifestaciones de lo divino, podemos llamar arqueofanías las manifestaciones del *arqué*, de un pasado que no interpela el presente como un repositorio de acontecimientos, sino, más bien, como una irrupción de lo impensado y de lo impensable. Astillas de pasados volados en mil pedazos, que quiebran el régimen de historicidad en donde habitamos. Escombros de tiempo que conllevan la potencia de la reconstrucción, del montaje, de lo abierto.

Ya no se trata de llevar a Colón frente al tribunal de la historia para ensalzar sus proezas o condenarlo como malhechor, sino de leerlo como un síntoma de la expansión proto-capitalista de una modernidad temprana inescindible del proceso de colonización del mundo. Sus vestigios representan lo que Mario Rufer (2023, p. xxv) llama “la posibilidad metonímica de nombrar una condición de nuestra historia: la característica estructurante de la conquista y del despojo”. Se manifiestan como arqueofanías que nos invitan a repensar a la conquista en términos de estructura y no de acontecimiento. ¿Y cuál imagen más poderosa para eso que repensar la conquista desde el pedestal vacío (“la estructura”) despojado de la efigie de su personaje (“el acontecimiento”) (Rufer 2018, p. 115)?

4 La bella expresión es de Mario Rufer.

Parafraseando a Koselleck (2011), las preguntas fundamentales que hay que dirigir a la estatua son ¿qué escondes, ¿qué excluyes, ¿qué silencias?, pues es en el pedestal vacío, más que en la estatua, donde podemos buscar respuestas. Los cuerpos, las voces, las banderas que se aglutinan alrededor de un pedestal en ruina nos cuentan —de manera fragmentaria, desordenada, a ratos violenta— algo de todo lo que había sido callado, desaparecido, borrado del mapa. Eso es, precisamente, lo que pasó en Colombia a partir de la más reciente oleada de ataques a los monumentos de la conquista. Esos gestos abren la posibilidad de emancipar al objeto-estatua del sujeto que tiene que representar y de volver el pedestal un signo abierto, significante librado de su significado, lugar de enunciación que se expande hacia nuevos horizontes de posibilidad. Como propuso Adriana Arrieta, estudiante de mi curso durante nuestra clase a la calle:

Son muy estáticas estas estatuas, ¿no? Se quedaron como suspendidas en el tiempo. ¿Cuál es el afán de poner otra cosa ahí? A mí me parece que el solo hecho que quede un pedestal vacío ya nos dice mucho: marca un hito. (Vignolo, 2021a)

Por eso con un grupo de colegas, estudiantes y activistas en 2022 decidimos celebrar el Día del Pedestal Vacío. Era un llamado a interpelar esa suspensión provisional de la historia oficial:

La idea es que podamos jugar a repensar colectivamente nuestra historia. Cualquier individuo, grupo o asociación que tenga una propuesta para resignificar los símbolos patrios y los mitos fundacionales del país y de su capital podrá subir al pedestal y expresarla a través de discursos, música, poesía, performances o instalaciones. El atronador silencio de una memoria masculina, grandilocuente, a menudo militarista, será reemplazado por una polifonía de voces heterogéneas, disonantes y festivas: canciones de protesta, coros de barra de fútbol, parodias de arengas, títeres y muñecos de trapo decimonónicos... El pedestal vacío otorgará a cada uno sus 15 minutos de gloria monumental. (Vignolo, 2021d)

En septiembre del mismo año invitamos al laboratorio ciudadano “Vestigios de futuros posibles” (Varios autores, 2022). Ahí representantes de colectivos indígenas y negros, estudiantes y profesores, funcionarios y vecinos nos reunimos para hacer propuestas prácticas sobre el destino de las estatuas de Cristóbal Colón, la reina Isabel, Gonzalo Jiménez y sus respectivos pedestales. Nos animaba una sospecha: enfocarnos en el derribo de los monumentos patrios implicaba encarar una cuestión más gorda, lo que Sebastián Vargas (2021, pp. 3-4) llama “el desmonte de la historia nacional”:

Las acciones contramonumentales en el marco del Paro se inscriben dentro de un proceso más amplio de “desmonte” de las narrativas históricas e identitarias oficiales sobre la nación colombiana orientado hacia una redefinición de lo común, así como de apropiación y resignificación del espacio público en tanto escenario democrático que permite la pluralidad y el disenso.



Figura 4. Día del pedestal vacío. ¿Como queremos contar nuestra historia? (Imagen de Marcela Fernanda Pardo, 2021).

que juntarnos para buscar, entre todas y todos, otro nombre para ese gran territorio que habitamos”, sugirió. A lo largo de toda la jornada siguió resonando la pregunta del taita Miguel: “¿Cuál va a ser nuestro futuro?” Lo que está en juego es la Colombia que surgirá de los escombros de Colón, vestigios de futuros posibles.

Entre 2021 y 2023 una profusión de iniciativas de ese tipo se multiplicó en la ciudad y el país: el colectivo “Postmonumenta” organizó eventos, performances y talleres, las universidades convocaron a foros y conferencias con títulos como “La vamos a tumba...”, el colectivo “Historias para lo que se viene” propició clases a la calle y encuentros ciudadanos (Figura 4).

El 7 de mayo pasado el Museo Nacional, en ocasión del Día de la Re-existencia de los Pueblos Originarios en las Ciudades, inauguró una intervención artística de Posmonumenta alrededor la estatua derribada de Gonzalo Jiménez de Quesada. En esa oportunidad Edgar Alberto Velasco Tumiña, representante de las Autoridades Indígenas del Sur Occidente (AISO), recordó cómo su comunidad misak no se reconoce en las palabras del himno nacional “Se baña en sangre de héroes la tierra de Colón”. Colombia, en el sentido de tierra de Colón, no los representa. “Quizás tendremos

Referencias bibliográficas

- Bacon, Francis (2019 [1620]) *La nueva Atlántida*. Clásicos de historia 169. FS, 2019 Archive. org <https://archive.org/details/bacon-francis.-la-nueva-atlantida-1627-2016/page/n3/mode/2up?view=theater>
- Beauchamp-Byrd, Mora (2021). Joiri Minaya's cloaking of the statue of Christopher Columbus (2019). Redressing and Cleansing. *ReVista, Harvard Review of Latin America* XX (3).
- Busi, Giulio (2020). *Cristoforo Colombo, il marinaio dei segreti*. Mondadori.
- Carpentier, Alejo (1979). *El arpa y la sombra*. Siglo XXI.
- Castro-Gómez, Santiago (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro. En Edgardo Lander (Ed.), *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 88-89). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Dean, David (2018). Fallen monuments: an introduction. *International Public History* 1 (2), 1-6.
- de Lorgues, Roselly (1876). *Della vita di Cristoforo Colombo e delle ragioni di chiederne la beatificazione*. Ranieri Guasti.
- de Valdenebro, Eulalia (2016). Nativas/foráneas, un principio metantrópico. En María Eugenia Borsani y María José Melendo (Eds.), *Ejercicios decolonizantes II. Arte y experiencias estéticas desobedientes*. Ediciones del Signo.
- Didi-Huberman, George (2008). *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Adriana Hidalgo.
- Eco, Umberto (1980). *Il nome della rosa*. Bompiani.
- Emcke, Carolin (2017). *Contra el odio. Un alegato en defensa de la pluralidad de pensamiento, la tolerancia y la libertad*. Taurus.
- Erll, Astrid (2011). Travelling memory. *Parallax* 17 (4), 4-18.
- Fo, Dario (1992). *Johan Padan a la Discoverta de le Americhe*. Giunti.
- Gnecco, Cristóbal (2023). Las ruinas de los otros: extractivismo y alterización en el camino de los Incas. En Cristóbal Gnecco y Mario Rufer (Eds.), *El tiempo de las ruinas* (pp. 100-136). Universidad de los Andes-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Jennings, Francis (1975). *The invasion of America: Indians, colonialism, and the cant of conquest*. University of North Carolina Press.
- Koselleck, Reinhart (2011). *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Marcilhacy, David (2022). El itinerario colombino, un lugar de memoria panhispanista en la España de los años 1910. *Iberic@l* 21, 61-80.
- Merchant, Carolyn (1980). *The death of nature: women, ecology and the scientific revolution*. HarperCollins.
- Páramo Bonilla, Carlos Guillermo (2021). ¡Ya les caigo!: estatuas y “gentes de bien”.
- PAI. *Revista de Etnografía* 11 (1).
- Phelan, John (1972). *El reino milenar de los Franciscanos en el Nuevo Mundo*. UNAM.
- Rufer, Mario (2018). La raza como efecto estructural de conquista: una hipótesis de trabajo.

En Eva Alcántara, Yissel Arce y Rodrigo Parrini (Eds), *Lo complejo y lo transparente. Investigaciones transdisciplinarias en ciencias sociales* (pp. 101-128). UAM.

- Rufer, Mario (2023). Entrada. Aquí también hay ruinas. En Cristóbal Gnecco y Mario Rufer (Eds.), *El tiempo de las ruinas* (pp. 21-34). Universidad de los Andes-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Sachs, Ignacy (1992). Introducción: ¿el fin de la era de Colón? El desarrollo en tela de juicio. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* XLIV (4), 483-490.
- Segato, Rita (2007). El color de la cárcel en América Latina. Apuntes sobre la colonialidad de la justicia en un continente en desconstrucción. *Nueva Sociedad* 208, 142-161.
- Stannard, David (1993). *American holocaust: the conquest of the New World*. Oxford University Press.
- Stoler, Ann (2011). Colonial aphasia: race and disabled histories in France. *Public Culture* 23 (1), 121-156.
- Valero, Aurelia y Rabolnikof, Nora (2023). ¿Qué hacer con el pasado? Tiempo, memoria e historia en torno a la estatua de Cristóbal Colón. *Historia y Grafía* 60, 73-108. <https://doi.org/10.48102/hyg.vi60.445>
- Vargas Álvarez, Sebastián (2021a). *Atacar las estatuas. Vandalismo y protesta social en América Latina*. La Sorda.
- Vargas Álvarez, Sebastián (2021b). Desmonte de la historia y apropiación del espacio público. Derribo e intervención de monumentos durante el Paro Nacional en Colombia. *Crisol* 21 (1), 1-32. <https://crisol.parisnante.fr/index.php/crisol/article/view/402>
- Varios autores (2021). El paro - Crónicas de primera línea. Revista digital CECAN E3.
- Varios autores (2022). *Vestigio de futuros posibles. Laboratorio ciudadano sobre monumentos caídos y pedestales vacíos*. Universidad Nacional de Colombia.
- Vignolo, Paolo (2021a). El derrumbe del ‘estatua quo’. *Corpus* 11 (1). DOI: 10.4000/corpusarchivos.4783
- Vignolo, Paolo (2021c). Mockuments, an alternative to the Statue quo. *ReVista, Harvard Review of Latin America* XX (3).
- Vignolo, Paolo (2021d). ¿Sueñan las estatuas con ovejas de bronce? *Corpus* 11 (1). <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.4520>
- Vignolo, Paolo (2024). New World and the end of the world: apocalyptic cartographies of the Conquest. En Jenny Stuemmer, Michael Dunn y David Eisler (Eds.), *Worlds Ending - Ending Worlds. Understanding Apocalyptic Transformations* (pp. 84-88). De Gruyter.
- Watts, Pauline (1985). Prophecy and discovery: on the spiritual origins of Christopher Columbus’s “Enterprise of the Indies”. *The American Historical Review* 90 (1), 73-102.
- Zinn, Howard (1980). *A people’s history of the United States*. Harper & Row.

Sitios web, diarios y otros archivos consultados

- Buenaventura, Julia (13 de junio 2021). Lo que están haciendo los Misak con los monumentos es darnos una lección de dignidad. *Esferapublica*. <https://esferapublica.org/julia-buenaventura-lo-que-hicieron-los-misak-con-los-monumentos-fue-darnos-una-leccion-de-dignidad/>

- Meléndez, Rosario (17 de enero 1992). El Gloria: en la ruta de Colón. *El Tiempo*, <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-14911>
- Navarro, Ana María (1992). La regata del siglo-Regata Colón 92. Documental RTVE. <https://www.rtve.es/play/videos/documentales-en-el-archivo-de-rtve/regata-del-siglo-regata-colon-92/5549088/>
- Stoilas, Helen (1 de julio 2021). Movement grows to replace statues of Columbus with ones dedicated to a more respected figure-TV detective Lieutenant Columbo. *The Art Newspaper*. <https://www.theartnewspaper.com/2021/07/01/movement-grows-to-replace-statues-of-columbus-with-ones-dedicated-to-a-more-respected-figure-tv-detective-lieutenant-columbo>
- Vignolo, Paolo (7 de julio 2020). La vida peligrosa de las estatuas de Colón. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/historias-en-publico/la-vida-peligrosa-de-las-estatuas-de-colon-historias-en-publico-515488>
- Winkle, Timothy (12 de octubre 2020). The monument that created Columbus. *National Museum of American History*, octubre 12. <https://americanhistory.si.edu/explore/stories/monument-created-columbus>

Paolo Vignolo

<https://orcid.org/0000-0001-5098-2530>

pvignolo@unal.edu.co



Es profesor asociado del departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Su trabajo de investigación y creación está enfocado en tres campos: 1) historia de la conquista de las Américas; 2) memoria histórica patrimonio cultural e historia pública y 3) performance y artes vivas. Desde 2006 co-lidera el proceso de investigación-acción participativa que ha llevado a la creación y fortalecimiento del parque histórico-arqueológico de Santa María La Antigua del Darién en conjunto con las comunidades locales. Obtuvo su doctorado en la E.H.E.S.S. de Paris. Es miembro del Instituto Hemisférico de Performance y Política de la New York University, la International Network of Transformative Memory de la universidad de British Columbia (Vancouver) y de la red internacional GEOPAM, geopolítica americana de los siglos XVI y XVII. Ha sido Visiting Scholar del David Rockefeller Center for Latin American Studies (DRCLAS) de la Harvard University en 2012 y del Käte Hamburger Centre of Apocalyptic and Post-Apocalyptic Studies-CAPAS de la Universidad de Heildeberg, en 2023.

